SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Cuando los hijos lloran...

COMEDIA

por

Antonio Zozaya

UNA PESETA

MADRID
Establecimiento tipográfico de EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7
1906

Cuando los hijos lloran...

Cuando los hijos lloran...

BOCETO DE COMEDIA DRAMÁTICA, EN UN ACTO

por

Antonio Zozaya

ESTRENADA CON EXTRAORDINARIO ÉXITO EN EL TEATRO DE LA PRINCESA, LA NOCHE DEL 12 DE FEBRERO DE 1906



MADRID
Establecimiento tipográfico de EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7
1906

REPARTO

Personajes	Actores
LAURA (17 años).........	Srta. Oria.
FANY (40 años)..........	» Quijada.
ROSARIO (45 años).......	Sra. Rodríguez.
EL GENERAL (55 años)....	Sr. Altarriba.
FRANCISCO (37 años)......	» López Alonso.

La acción en un hotelito de las afueras de Madrid.
Época actual,

A la notabilima actriz Srta. D.ª Concepción Oria, á cuyo talento se debe el éxito indiscutido de este ensayo.



ACTO ÚNICO

Gabinete lujoso en un hotelito de las cercanías de Madrid. Macetas, una meridiana, la Venus de Milo y la de Médicis en los ángulos; secreter con recado de escribir. Piano abierto con atril y papel de música. Reloj de sobremesa. Puerta al foro y á la derecha. A la izquierda, balcones. Es de día.

ESCENA PRIMERA

El General, por la puerta del foro, seguido de **Francisco.** Aquél se apoya en un bastón al andar y viste correcta y pulcramente.

GENERAL. ¿Ha venido alguien?

FRANCISCO. No, mi general. **(Saludando militarmente.)**

GENERAL. ¡Ea! Aquí me tienes después de diez y siete años de ausencia. ¡Cómo pasa el tiempo!

FRANCISCO. Sí, mi general.

GENERAL. Me encontrarás desconocido, viejo, achacoso...

FRANCISCO. Sí... digo ¡no, mi general!

GENERAL. Baja la mano, hombre, y confiesa que estoy hecho una lástima.

FRANCISCO. Pues, ya que vuecencia lo permite, le diré que le encuentro hecho un vejestorio.

GENERAL. ¡Bribón! ¿Cómo se entiende?

FRANCISCO. ¡Un vejestorio respetable, mi general! **(Cuadrándose.)**

GENERAL. No; no te desdigas. Tienes razón. Me

caigo de vejez, de achaques... ¡Voto á...! (**Se sienta.**) ¿Tú sabes la desesperación que se apodera de mí cada vez que pienso que he perdido la mocedad, la salud, el dinero, todo cuanto tenía que perder?

FRANCISCO. Me lo figuro, mi general.

GENERAL. ¿Qué te has de figurar, majadero?

FRANCISCO. No, mi general; no me lo figuro.

GENERAL. Sobre todo aquí, en esta habitación, en éste escenario de mis triunfos, que despierta en mí la memoria de mis más risueños solaces...

FRANCISCO. Vuecencia ha vivido muy en grande.

GENERAL. Treinta y nueve años, una salud de bronce, teniente coronel, tres mil duros de renta... Todo eso tenía yo cuando dejé de ver estos cachibaches. (**Queda pensativo.**)

FRANCISCO. Yo ya me permití decírselo alguna vez á vuecencia: «Señor, que el tiempo pasa; que gastamos más de lo que tenemos; que la salud se pierde. Pero vuecencia no me hacía caso. Era entonces de veras un buen mozo y, además, lo que se llama un *tío sabiendo*...

GENERAL. ¿Qué?

FRANCISCO. (**Cuadrándose.**) ¡Sabiendo muchas cosas, mi general! ¡Qué presencia, qué energía, qué vigor en las piernas! Aun me acuerdo de un puntapié...

GENERAL. ¡Qué! ¿Me guardas todavía rencor?

FRANCISCO. ¡Qué he de guardar! En cambio, el señor era generoso. Cuando me decía: «Francisco: prepara para mañana el hotel», ya sabía yo que tenía comida excelente: un puñado de duros y otro de habanos. Y el señor no tenía mal gusto. ¡Vaya un mujerío!

GENERAL. ¡Pst! Calla; todo eso debes olvidarlo.

FRANCISCO. Pero no que, cuando tomé la licencia, gracias á la generosidad del señor, tenía yo ahorradas más de dos mil pesetas.

GENERAL. Y entonces fuí destinado á Cuba. Me sorprendió dos años después una carta tuya en que me decías que habías hecho un matrimonio muy ventajoso y me proponías alquilarme esta casita con muebles y todo. Yo, la verdad, no pensaba volver y accedí á tus ruegos. Luego me pedíste rebaja en el cánon; después otra rebaja... En fin, que la tienes casi de balde.

FRANCISCO. ¡Dios se lo premie, mi general!

GENERAL. Ya sé que eres agradecido, y así, mientras yo viva, nadie ha de molestarte.

FRANCISCO. Como agradecido sí que lo soy. Así es que, cuando recibí carta de vuecencia, diciéndome que necesitaba para hoy el hotel, envié á la familia fuera y le preparé como lo hubiera hecho cuando era su asistente.

GENERAL. Gracias, Francisco. Sí; necesito para hoy esta habitación. Es preciso que celebre aquí una muy importante entrevista.

FRANCISCO. Perdone el señor: ¿Esa entrevista será, por supuesto..., con una mujer?

GENERAL. No, amigo mío: con dos.

FRANCISCO. ¡Cáspita!

GENERAL. Tranquilízate. Se trata de fijar de una vez, para siempre, mi porvenir; de constituir una familia.

FRANCISCO. ¡Cómo! ¿El señor...?

GENERAL. Sí, Francisco, sí. Soy viejo, estoy solo. Hasta hace dos años, todavía me encontraba fuerte; pero un día me acometió una enfermedad repentina. Creí llegada

la hora de ganar la cruz grande, y me asustó la idea de morir sin encontrar á mi lado ningún afecto, una mano que oprimiera la mía, unos ojos que se humedecieran en lágrimas. Morir abandonado, es morir dos veces.

FRANCISCO. Está desconocido vuecencia. Francisco, me dijo un día. El matrimonio es como el tambor; de lejos muy sonoro, muy enardecedor y muy noble; pero el que se lo cuelga al cuello, le aturde.

GENERAL. Pues créeme, Francisco, que, al salir de mi enfermedad, me volví un hombre muy diferente. Comprendí que había pasado la edad de las locuras. Estaba caduco, agotado; no podía tenerme en pie. Adiós fuerza, salud. ¡Adiós todo!

FRANCISCO. ¡A Dios, no; al diablo! Y sobre todo, á las diablas. ¿Entonces fué cuando vuecencia pensó echar sobre sí cuidados ajenos?

GENERAL. Pero, ¡si yo ya no puedo cuidar á nadie! ¡Si los cuidados que me preocupan ya son los míos!

FRANCISCO. ¡Ah, vamos! Lo que quiere vuecencia es alguien que le atienda, que le mime; que, ahora que no puede correrla, se encarguen otros de pasar fatiguillas por él. **(Asentimiento en el general.)** ¡El señor es un cuco!

GENERAL. ¿Qué dices, insolente?

FRANCISCO. **(Cuadrándose.)** ¡Un cuco respetable, mi general! **(Timbre fuera.)**

GENERAL. Han llamado; introduce á quien sea y cuenta con las indiscreciones.

FRANCISCO. Descuide vuecencia.

ESCENA II

El General, que se habrá puesto en pie al sonar el timbre y habrá arreglado su corbata frente á un espejo. Luego, por el foro **Fany**, con el cabello teñido de rubio y traje muy elegante de excursión.

FANY. **(Algo turbada.)** General...

GENERAL. Pase usted sin recelo. Está usted como quien dice, en su casa propia.

FANY. Ofrecí venir y he venido. Necesitaba á toda costa tener con usted una conferencia. Yo la he solicitado, y usted ha impuesto, como es natural, sus condiciones. Ahora permítame usted que le diga que ha podido evitarme la humillación de venir á este sitio.

GENERAL. Humillación... ¿Por qué? Esta habitación está aún llena de sus recuerdos. Dígnese usted mirar alrededor y vea si hay aquí un solo objeto, algún detalle que no se haya animado y embellecido con su presencia. El reloj marca la hora de la última entrevista; el piano está abierto y sobre el atril puede usted encontrar su vals favorito. Todavía, vanagloriándome de conocer sus gustos, me he permitido disponer que se pusieran unos puñados de violetas en los maceteros...

FANY. General... **(Molesta.)**

GENERAL. **(Acercando un silloncito.)** Antes me llamaba usted Alfredo.

FANY. Pues bien; gracias, Alfredo. **(Se sienta.)** Es usted todo un hombre y sabe cuánto han variado las circunstancias.

GENERAL. ¡Ah, no! No tema usted que la moleste con mis galanterías. De entonces acá se han marchitado muchas violetas. Yo

encuentro á usted más hermosa que nunca. En cambio, á mí me encontrará usted soberanamente ridículo. ¡Ah, sí, sí! Tranquilícese usted. Tengo el valor de mis achaques. Ya ve usted que no me tomo la menor confianza; que ni siquiera la tuteo...; que no me propongo evocar en usted recuerdos penosos... excepto aquellos que sea absolutamente necesario evocar.

FANY. Evoquémosles. He querido hablar con usted, Alfredo, porque hay en el mundo alguien que necesita que sacrifiquemos algo de nuestra vanidad y nuestro reposo.

GENERAL. Juana... ó Fany, porque tengo entendido que ahora se hace usted llamar Fany. **(Movimiento de impaciencia en Fany, que anda de un lado para otro inquieta.)** Me complace encontrar á usted tan discreta y estoy dispuesto á escuchar á usted con el silencio, si no más religioso, más filosófico posible.

FANY. **(Se levanta.)** Hay, como he dicho, una persona que se ha visto privada hasta hoy de cariño y de protección, y después de diecisiete años de zozobras y de inquietudes, creo que ha llegado el momento de pensar seriamente en la situación y en el porvenir de mi hija.

GENERAL. De nuestra hija.

FANY. Sea: de nuestra hija. De Laura, cuya situación me acongoja y cuyo destino me preocupa.

GENERAL. **(Irónicamente.)** ¡Oh, sublime instinto maternal! He aquí una mujer que ha pasado diecisiete años sin acordarse de que una hija suya andaba por el mun-

do, sin tomarse la menor molestia por inquirir si era muerta ó viva, y de pronto, como si volviera del otro mundo, se acuerda del retoño y quiere convertirse nada menos que en ejemplo de madres. ¡Es verdaderamente milagroso!

FANY. He meditado mucho en la soledad (**se sienta**); he atormentado mi cerebro; he derramado muchas lágrimas...

GENERAL. ¿Lágrimas tú, Juanita? ¡Qué lástima!

FANY. ¿Se permitiría usted dudarlo?

GENERAL. No. Solamente me atrevo á admirar el enorme sacrificio que supone ocultarlas. Tengo entendido que se te ve en los teatros, en los paseos, en las playas, en todas partes, hasta en las carreteras, levantando con el automóvil remolinos de polvo... espléndida siempre, pero siempre con la sonrisa en los labios y con los ojos secos.

FANY. El trato de las gentes... el qué dirán...

GENERAL. Es cierto, ¡diantre! El qué dirán es un viento sutil que evapora todos los llantos.

FANY. Determinada á realizar un noble propósito, he escrito á Rosario y á Rafael.

GENERAL. ¡Matrimonio excelente! Desde que dejé en su poder á nuestra hija, ni una sola vez nos ha molestado con quejas ni con peticiones. Por nuestra parte... confesemos nuestra... ¿quieres que le llamemos pereza? Pues bien; nuestra pereza nos ha impedido preguntar por la niña una sola vez.

FANY. Usted mismo confiesa que ha incurrido en el mismo delito.

GENERAL. Pero yo estaba ausente, lejos de mi patria, sujeto á los azares de la guerra, so-

licitado por mil preocupaciones. Tú, en cambio, estabas aquí, separada de Laura solamente por ese camino de muchas leguas que se llama olvido.

FANY. **(Se enjuga los ojos con un pañuelo.)** Por eso he querido lavar mis culpas y traer la niña á mi lado.

GENERAL. Eres una madrecita excelente.

FANY. Pero, cuando he escrito á Rosario y á Rafael, se me ha contestado una cosa inaudita. Que no podían entregarme la niña, porque usted les había escrito también con análoga pretensión.

GENERAL. También yo he sentido aquí adentro **(el corazón)** mis resquemores. También he querido arrepentirme, cumplir mis deberes de padre. Supongo que no querrás monopolizar la contrición. Además, soy viejo, me encuentro achacoso. ¿Quién mejor que una hija puede alegrar mis horas solitarias y amargas? ¿Quién sino ella puede atenderme con dulzura y desinterés?

FANY. Y ¿es ese el móvil que le hace á usted reclamar á Laura?

GENERAL. ¿Qué otro si no?

FANY. Ese es un móvil egoísta, y considero inícuo que, habiendo abandonado á su hija cuando necesitaba su protección, la busque usted cuando necesita de ella para hacerla víctima de sus genialidades y esclava de sus malos humores y rarezas. **(Se levanta.)**

GENERAL. ¡Juana!

FANY. Lo dicho. Yo no he de tolerar semejante absurdo. Y así, antes de que usted adopte á Laura, yo he pensado en más: he pensado en reconocerla.

GENERAL. Lo sé, ¡diantre!

FANY. ¿Lo sabe usted? Y ¿qué tiene usted que oponer á ello? Sepamos.

GENERAL. Te ruego que tengas calma para escucharme. (Ambos se sientan.) No sé si los móviles míos son egoístas. En cuanto á los tuyos...

FANY. ¿Se atreverá usted á discutirlos?

GENERAL. Discutirlos, no; averiguarlos, ya es otra cosa. Y esto es lo que me lisonjeo de haber conseguido. Es en la Habana, donde tu hermano reside. Soltero, millonario; pero enfermo incurable; no tiene más parientes que tú y otra hermana viuda, que reside, si no me engaño, en Zaragoza. Ya ves que estoy bien enterado. Ese hermano os ha escrito comunicándoos que en su testamento nombra herederos de todos sus bienes á los hijos que tengan sus hermanas al ocurrir su fallecimiento.

FANY. Y eso, ¿qué tiene de particular?

GENERAL. Que tu hermana sólo tiene un hijo, aun más enfermo que el testador, y que, si tú reconoces á Laura, podrás entrar muy pronto en la libre administración de una herencia que, seguramente, pasará de trescientos mil pesos.

FANY. ¿Es algún crimen querer asegurar el porvenir de mi hija?

GENERAL. Es una bonita fortuna. ¡Cáscaras! El testador no distingue entre hijos naturales y legítimos. Tú nada vas perdiendo con tal de que el reconocimiento sea un secreto, y con enviar á la niña al extranjero con el pretexto de que se eduque, podrás ser libre y brillar en el mundo mucho más que ahora, que no

hay piedra, por preciosa que sea, que no brille más engarzada en oro.

FANY. General, eso es un insulto **(se pone en pié)** que me parece impropio de un caballero.

GENERAL. Calma, Juanita. Yo no te insulto; yo refiero hechos. Y como he previsto que acerca de estos hechos no podremos estar de acuerdo, he citado hoy aquí y á esta misma hora á Rafael y á Rosario, para que ellos, que pueden á todo oponerse, decidan.

FANY. **(Inquieta.)** ¿Y vendrán?

GENERAL. ¿No han de venir? De un momento á otro.

FANY. Alfredo, necesito una tregua. Si Rosario viene...

GENERAL. Que vendrá...

FANY. Si viene Rosario, no digamos una palabra que la haga sospechar que existe entre nosotros discordia.

GENERAL. ¡Discordia entre nosotros y aquí! Todo parece hablarnos de amor: la atmósfera impregnada de olores acres **(Fany está cabizbaja)** el tibio calor de una tarde primaveral, el vals favorito sobre el atril, como esperando el eco de unos compases lentos... Ya ves que aún sé hacer poesía. Pero ese amor sólo está en las cosas. En nosotros sería culpable, infecundo y tardío.

ESCENA III

Dichos, **Francisco** por el foro.

FRANCISCO. ¿Señor?

GENERAL. ¿Qué ocurre?

FRANCISCO. Una mujer pregunta por vuecencia.

GENERAL. ¿Qué manera de hablar es esa? ¿Qué entiendes tú por una mujer?

FRANCISCO. ¡Una mujer respetable, mi general! **(Cuadrándose).**

GENERAL. Que pase.

ESCENA IV

El general, Fany, luego, por el foro, **Rosario,** vestida con buen gusto, pero modestamente, y con mantilla á la cabeza.

FANY. Alfredo, prudencia.

GENERAL. No temas. Adelante, señora, adelante.

ROSARIO. ¿Tengo el gusto de hablar con el general Arteaga?

GENERAL. Con el mismo, señora. Veo que el tiempo me ha cambiado bastante, puesto que usted no me reconoce.

ROSARIO. No es extraño, habiéndole visto una sola vez.

GENERAL. Creo haberla dicho en mi carta que he estado ausente de España más de diez años.

ROSARIO. ¿Y esta señora...?

GENERAL. Es la mamá de Laura **(Rosario y Fany se inclinan).**

ROSARIO. ¡Ah! **(Con ironía.)** ¿También habrá estado ausente?

FANY. **(Turbada.)** Yo... no..., es decir..., alguna vez...

ROSARIO. Respeto los motivos que le han privado de la mayor de las felicidades: la de criar y educar á su hija.

FANY. Siéntese usted, si gusta, señora.

ROSARIO. Es inútil; lo que voy á decir se resume en muy pocas palabras. General: hace diez y siete años se presentó usted en

nuestra casa para decirnos que era usted padre de una niña, inscrita con el nombre de Laura, y como de padres desconocidos y que, en la necesidad de abandonarla **(El general tose ligeramente.)** nos preguntaba si queríamos hacernos cargo de ella. No teníamos hijos, ni podíamos ciertamente esperar que habríamos de tener luego seis.

GENERAL. Seis hijos... ¡Canastos! Estará usted sacrificada.

ROSARIO. Nos hicimos, pues, cargo de la niña. Es hermosísima.

FANY. **(Sin poder reprimir cierto orgullo.)** ¿De veras?

ROSARIO. Y un poco coquetuela.

FANY. **(Con sonrisa burlona.)** ¡Ejem!

ROSARIO. Fuerte, animosa, carácter varonil...

GENERAL. Es natural.

ROSARIO. Pero sin el menor asomo de formalidad todavía.

FANY. **(Con sonrisa igual á la del general)** ¡Ejem!

ROSARIO. Digo esto, ¡claro es!, en el buen sentido. Porque todavía no nos ha procurado el primer disgusto. ¡Ay! Ella es la hija preferida. **(Con profundo sentimiento al pensar que tiene que entregarla.)**

GENERAL. Siéntese usted **(La acerca un sillón. Todos se sientan.)**

ROSARIO. Diez y siete años han transcurrido sin tener de ustedes noticias. Ella me preguntaba muchas veces si sabía cómo eran sus padres. Y yo le contestaba sin vacilar:—¡De seguro, muy desgraciados!

FANY. **(Enjugándose una lágrima.)** ¡Oh, sí!

ROSARIO. Pero hace diez días recibimos una carta de usted **(A Fany.)** y pasados tres ó

cuatro otra de usted (**Al general.**) Ambos reclamaban á la pequeña. Usted (**Al general.**) quería adoptarla. Usted (**A Fany.**) pretendía reconocerla. Los dos afirmaban que eran sus padres...

GENERAL. Y lo somos. ¿No hemos de serlo?

ROSARIO. No digo que no. Pero lo primero que se le ocurrió á Rafael...

FANY. ¿No viene su esposo de usted?

ROSARIO. Quiere tanto á Laura que no se acostumbra á la idea de que se la quiten. Pero traigo de él para este asunto plenos poderes. Se le ocurrió, como digo, una pregunta que no hemos podido contestarnos. «Si esos señores, ha dicho, son padres de Laura y los dos quieren llevarla consigo, ¿por qué no se casan?»

GENERAL. Es una idea, por ejemplo. (**Contrariado.**)

FANY. Eso es imposible de todo punto.

ROSARIO. ¡Imposible, señora, casarse con un hombre con el cual se ha tenido un hijo! ¿Es usted casada, por ventura?

FANY. No; pero estorban esa solución una porción de consideraciones sociales y de razones poderosas.

ROSARIO. ¿Cuáles?

FANY. Le ruego á usted que las respete. (**Con cierta altivez.**)

ROSARIO. ¡Respetar!... ¡Dios mío; si se pasa una la vida respetando! Respetando ideas que son absurdas, respetando personas que merecen desprecio, y, en fuerza de respetarlo todo, acabamos siempre por no estimar nada, sin saber jamás ni qué ideas son verdaderas, ni qué personas son honradas, ni qué costumbres son decentes. Crean ustedes que yo siento á

veces muchos deseos, pero muchos, de echar á rodar todos los respetos y llamar á las cosas por su nombre, para que de una vez sepamos de las cosas y de las personas lo que son y para que cada palo aguante su vela.

FANY. Usted ha recibido una niña en depósito. Viene usted obligada á devolverla, una vez que se la reclaman sus padres.

ROSARIO. Es un deber. Pero la ley exige para el reconocimiento ó la adopción un expediente en el cual no se nos negará personalidad, de seguro.

GENERAL. ¿Piensa usted oponerse? **(Indignado.)**

ROSARIO. Si ambos insisten ustedes en su pretensión, desde luego.

GENERAL. Ahora se trata de elegir.

ROSARIO. Puesto que el matrimonio no agrada á ustedes, uno se llevará á la niña; pero el que se la lleve será el que valga más, el que mejor sepa cumplir sus deberes.

FANY. Y, ¿quién ha de decidir en asunto tan espinoso?

ROSÁRIO. ¿Quién? Ella misma.

GENERÁL. ¿Laura?

ROSARIO. Laura, que está aquí, porque he hecho que me acompañe. Laura, que hablará á solas con usted **(A Fany)** y luego con usted **(Al general.)** Lo que ella decida, yo lo acepto; porque tiene gran inteligencia y mejor corazón.

GENERAL ¿Que está aquí la niña? ¿Qué dice usted?

ROSARIO. Ha venido conmigo y espera en la antesala. General; retírese usted. Ya la llamaremos cuando sea preciso. Sírvase usted llamar al criado.

GENERÁL. **(Oprimiendo un timbre.)** Está bien. Conozco demasiado al mundo y á la mujer. Está usted seguro de que la niña es mía.

ESCENA V

Dichos, **Francisco**, por el foro.

FRANCISCO. ¿Llamaba el señor?

GENERAL. Haz pasar á una señorita que espera en la antesala. **(Váse Francisco por el foro.)**

FANY. **(Inmutada.)** ¡Dios mío! ¿Qué le voy á decir?

ROSARIO. Señora; no se apure usted. Lo que dicen las madres.

ESCENA VI

Dichas **Laura** por el foro; viste con suma sencillez y distinción, y al abrir los brazos, su madre se arroja en ellos.

LAURA. ¡Madre mía!

FANY. **(Emocionada.)** ¡Hija mía! **(Se seca los ojos con el pañuelo.)** ¡Qué hermosa estás! ¿Sabes que eres de veras muy hermosa?

LAURA. ¡Oh, señora, usted sí que lo es, pero mucho! Y además **(Risueña ya.)** tiene cara de buena.

ROSÁRIO. **(A Laura.)** Yo me retiro. Es preciso que habléis con libertad completa.

LAURA. **(A Rosario.)** Volverás pronto. ¿No es verdad, mamita?

ROSARIO. Muy pronto, hija mía. Cuando esta señora me llame. **(Váse por la derecha.)**

(Pausa. **Laura** y **Fany** se miran con curiosidad.)

ESCENA VII

Fany, Laura.

FANY. Ven; siéntate á mi lado.

LAURA. ¡Con alma y vida! **(Alegre.)**

FANY. **(Afable.)** ¿De modo que no te parezco temible ni adusta?

LAURA. ¡Cá! De ningún modo. Me parece usted un angel.

FANY. ¿Soy, entonces, como tú te habías imaginado?

LAURA. Diré á usted: como yo soy morena, me la había figurado á usted también morena, con los ojos muy negros. Eso sí; los ojos los tiene usted muy negros y muy grandes y muy brillantes. Unos ojos..., ¿cómo lo diré?, que asustan.

FANY. No temas; ¿por qué he de quererte yo mal? Además, que tú serás una niña muy buena. ¿Por qué no te quitas el sombrero? Quiero verte cómo eres.

LAURA. **(Se levanta y se dirige al espejo, frente al cual se quita el sombrero, que dejará sobre cualquier mueble.)** Al momento. Pues no cree usted que soy buena **(alegre.)** Soy muy mala, pésima, incorregible. Que lo diga mi mamá.

FANY. ¿Qué mamá?

LAURA. Rosario. **(Vuelve á sentarse junto á Fany.)** Ahora mismo me decía al venir: «¡Siempre harás alguna diablura!

FANY. ¡Bah! No lo creo

LAURA. Dice que soy mala; pero me quiere más... ¡Pobrecilla! Y César también dice que soy muy mala, porque le hago rabiar y le tiro cada pellizco...

FANY. ¿Quién es César?

LAURA. El mayor de todos. Pero ¡anda, que cuando me coge...!

FANY. Pues es preciso que te deje en paz y que tú no gastes con él esas bromas que dicen mal en una señorita.

LAURA. Pero, ¡si es mi hermano!

FANY. Es tu hermano... adoptivo. Pero ahora ha dejado de serlo.

LAURA. ¡Lo será siempre!

FANY. **(Con sequedad.)** Te digo que no. **(Laura se entristece.)** Vaya: hablemos de nuestras cosas y dejémonos de niñerías. ¿Tú no me guardas rencor ninguno?

LAURA. ¿Por qué?

FANY. Por... por no haberte llamado antes.

LAURA. ¿Rencor yo? ¡Qué locura! Lo que sentía era una tristeza muy grande. Sobre todo, cuando fuí mayorcita y supe que no era yo una hermana como los otros. Un día disputó Teresita conmigo por no sé qué cosa, y me dijo, que no era hermana suya, que Rosario y Rafael no eran mis papás, y que yo tenía una madre que no me quería ni se acordaba de mí para nada. Pregunté á Rosario, y dijo que todo era mentira; pero yo sorprendí en sus ojos una lágrima. Los niños adivinan más de lo que se cree; sobre todo, los niños que sufren. Entonces, sentí un frío muy grande y me pareció que la luz se nublaba y todo se volvía negro, muy negro...

FANY. ¡Pobrecilla!

LAURA. Al día siguiente le dije á Teresita: «Te perdono; pero has de respetar á mi madre, porque es un modelo de virtudes. **(Fany baja la cabeza)** y estoy seguro de

que en estos momentos está sola y llorando por mí.» ¿No es verdad que lloraba usted y que pasaba los días enteros encerrada en una habitación pensando en su hijita y en darla algún día buenos ejemplos?

FANY. **(Se levanta: Laura la imita.)** Hace aquí demasiado calor.

LAURA. ¿Se siente usted mala? Llamaré...

FANY. No; no. Es un ligero desvanecimiento que se pasa en seguida.

LAURA. Decía que las hijas somos como quieren las madres que seamos. ¿Buenas? Pues somos buenas. ¿Malas? Pues seguimos el ejemplo que se nos dá.

FANY. **(Sofocada.)** Bien. Basta ya de moral; te pone un poco empalagosa.

LAURA. Perdón, señora. Verá usted; y sigo mi historia. Desde el día de mi cuestión con Teresa, ya no dejé vivir á Rosario hasta que todo me lo dijo: que mi madre era una señora muy desgraciada, que un día vendría á buscarme para que fuera á vivir con ella...

FANY. Con ella precisamente.

LAURA. Luego estuve muy mala, y Rosario pasaba las noches sin dormir, sentada cerca de mi cabecera. Papá...

FANY. ¿Y quién es papá?

LAURA. ¡Rafael! Tampoco se apartaba de allí. Yo, en sueños, creía que venía mi madre y que me besaba en la frente.

FANY. Bueno; pues es preciso que te acostumbres á la idea de que ya no tienes otra madre que yo, y que me obedezcas en todo, como una buena hija.

LAURA. Así lo haré, señora. Y, diga usted: ¿En dónde está mi padre? Rafael me dijo

que aquí le encontraría también. ¿Es guapo?

FANY. ¡Pst...! Tiene bastantes años y está de salud medianamente.

LAURA. ¡Pobrecillo! ¡Ay, mamita, qué felices vamos á ser los tres!

FANY. Estáte quietecita, que me ajas el vestido. Los tres, es difícil.

LAURA. ¿Por qué?

FANY. Porque... porque tu padre está muy ocupado y tiene que residir en un pueblo cercano á Barcelona.

LAURA. Pero nosotras iremos con él.

FANY. Eso no puede ser, hija mía. Yo tengo asuntos de importancia que me retienen en Madrid, ó en París, ó en San Sebastián...

LAURA. ¡Qué fastidio! Yo creía que los matrimonios estaban siempre juntos, queriéndose mucho, mirándose uno en otro...

FANY. Eres un poquito romántica. Los deberes son primero que todo.

LAUFA. *Los deberes.* Así se titula un librito que me dieron en el colegio.

FANY. Y ¿qué decía ese librito?

LAURA. La mar de poserías. **(Con desdén.)**

FANY. Empleas unas frases... Mira: antes de diez minutos, hablarás con tu padre.

LAURA. ¡Qué gusto!

FANY. Te instará á que vayas con él; pero tú no harás caso. ¿Verdad que no, hija mía?

LAURA. ¡Cómo me contraría eso!

FANY. Pues no hay más remedio que elegir: ó con él ó conmigo.

LAURA. Pero...

FANY. Nada: has de decidirte por uno de los dos.

LAURA. Entonces... viviré con usted.

FANY. ¿Y si él te ruega...?

LAURA. Nada: la madre es lo primero. ¡Tengo una madre! ¡Qué cosa más hermosa es tener una madre! Yo estoy segura de que haré ~~hija~~ una excelente.

FANY. ¿Tú?

LAURA. ¡Bah! Usted no sabe cómo cuido yo á los pequeños; siempre con ellos á remolque. Pues, ¿y á las muñecas?

FANY. ¿Tienes todavía muñecas?

LAURA. ¡Ya lo creo! Una colección. Una es rubia, muy rubia y muy elegante, como usted, vestida de novia, siempre de blanco. Todos los días muy compuesta... ¡y sin novio! **(Riendo.)**

FANY. Déjate de niñadas. Eres demasiado vehemente. Ya no tienes edad de jugar. Es preciso que pienses en educarte, en hacerte una mujer de provecho. Ya verás, ya verás qué á gusto vas á encontrarte en el colegio.

LAURA. **(Alarmada.)** ¿En qué colegio?

FANY. En uno muy hermoso que hay cerca de Irún. Allí estarás hasta que cumplas la mayor edad. **(Laura se entristece.)** Yo iré á verte todos los años. Te probarán muy bien aquellos aires frescos y sutiles del Norte.

LAURA. **(Poniéndose en pie.)** ¿Qué dice usted, señora?

FANY. Que es preciso educarte; tus modales son algo desenvueltos. Tienes que aprender francés...

LAURA. Ya lo sé **(displicente.)**

FANY. El inglés, el italiano, el alemán...

LAURA. ¿Y qué voy á decir yo en tantos idiomas?

FANY. Bordarás mantos para la Virgen.
LAURA. ¡Uy, los que tiene ya!
FANY. Aprenderás finos y elegantes modales...
LAURA. ¿De quién? ¿De las monjitas? **(con desdén.)**
FANY. De aquellas santas madres...
LAURA. ¡Sin hijos!
FANY. **(Poniéndose en pié.)** ¡Ea, te has propuesto desesperarme!
LAURA. ¡Ay de mí! ¡Pero si es que un convento es muy triste! Señora: ¡si he pasado mi niñez soñando con encontrar á usted, con besar su mano... **(Hace ademán de cogérsela).** Con vivir á su lado siempre... y llamarla madre y servirla como quiere usted que sirva á la Virgen!
FANY. También ella es madre de todos.
LAURA. ¡Pero yo quiero una para mí sola! ¿Será usted tan cruel que me separe de sí y de los demás? Porque yo no veré á Rafael, ni á Rosario, ni á Cesar, ni á mis hermanitos... **(Compungida.)**
FANY. No tienes hermanos. Vaya, no seas tonta y á obedecer. Y, sobre todo, no te dejes engañar por tu padre.
LAURA. Pero, ¿es que los padres engañan?
FANY. ¡Qué sé yo! Lo conveniente es que hables en seguida, para que hoy mismo pueda yo llevarte conmigo. **(Aproximándose á la primera puerta derecha y llamando.)** ¡General!
LAURA. ¡Un general! Soy de buena familia. ¡Si fuera blanda de corazón!

ESCENA VIII

Las mismas, **el General** por la derecha.

GENERAL. No he tenido que esperar mucho **(A Fany.)**

¿Habrás estado cual de costumbre muy elocuente?

FANY. (**A Laura.**) Laura: este señor es tu papá.

LAURA. Señor... (**Dirigiéndose á él.**) ¡Padre mío!

GENERAL. ¡Alto y firmes! (**Laura se detiene.**) ¿A ver? ¡Buena planta! ¡Media vuelta! (**Laura se vuelve un poco, sonriendo.**) La chiquilla es una real moza. Bueno: rompan filas y venga usted á que la dé un beso.

LAURA. ¡Corriendo! (**El general la besa en la frente.**)

GENERAL. Pues señor; ¡valiente pimpollo! (**A Fany.**) Tiene á quien parecerse. ¿Supongo que habrá usted convencido á la chica de que debe vivir con usted? Ahora me toca á mí.

FANY. Me retiro y le dejo á usted el campo libre.

GENERAL. ¿Retirarse usted? ¿Para qué? Yo juego siempre limpio. Es muy concreto y breve lo que he de decir á esta señorita.

LAURA. ¡Y yo le oiré á usted con mil amores!

GENERAL. Mil amores... no, no; son demasiados; lo sé por experiencia.

LAURA. Pues con uno muy grande.

GENERAL. ¡Muy grande la primera vez que me ha visto! Haces hipérboles con los efectos: eres mujer.

FANY. Gracias por la galantería.

GENERAL. Hija mía: esperas, de seguro, como lo espera también tu mamá, que te diga: «Tu deber es venir á vivir conmigo; la autoridad verdadera y sacratísima reside en el padre; lo primero para una hija sumisa es obedecerle. ¿No es cierto?

LAURA. Si he de decir verdad, nada espero; siento más temor que esperanza.

GENERAL. Pues no, hijita, no. Soy menos egoísta que todo eso. Yo te digo: vé á vivir con

tu madre si quieres. Conmigo serías harto desgraciada. Libre eres de elegir lo que demande tu corazon, ¡qué demontres!

FANY. (**Algo contrariada.**) No decía usted eso hace un momento. (**Se sienta.**)

GENERAL. Pero un momento puede cambiarnos mucho y de momentos se compone la vida. Hija, aprovecha los momentos, que son los que vives, y no te cuides de los días, ni de las semanas, ni de los años, que no son sino cuentas negras, engarzadas por la memoria en un hilo roto. ¡Ea! Ya lo sabes. Tu madre es joven, hermosa, agradable, podrá cuidarte, pulir tus facetas de amatista, hacerte brillar y colocarte á tiempo en un precioso estuche. Yo soy viejo, enfermo, malhumorado; tendrás que atenderme, cuidarme, sufrir un perpetuo martirio; habrías de encerrarte conmigo en un infame villorrio, donde te marchitarías antes de tiempo en fuerza de torturas... Vete, vete con ella. (**Se sienta como abatido al otro extremo de la habitación.**)

FANY. Sabe usted mucho, general.

LAURA. (**Cariñosa.**) ¡Ah! No, señor: ese no es para mí inconveniente. Si mi padre está viejo y enfermo, esa es razón de más para que yo le cuide y le atienda.

GENERAL. Además, estoy arruinado; tengo comprometida la paga, único ingreso que me resta. Conmigo habrías de pasar molestas y largas privaciones... Vé á vivir con tu madre; allí te espera, de seguro una fortuna considerable, un porvenir brillante y fastuoso.

LAURA. No; yo no tengo ambición más que

de cariño. Pero ese cariño, ¿en dónde está? (**Pensativa.**)

FANY. A mi lado.

GENERAL. En el mío.

LAURA. En los dos, sin duda; pero los dos quieren ustedes privarme de la luz y la libertad, encerrarme en conventos ó en casas solitarias, alejarme de las personas á quienes más quiero, privarme de mis gustos y mis aficiones... Dejen, dejen ustedes que lo piense despacio; todavía no puedo escoger. (**Va á sentarse junto al balcón.**)

FANY. (**Bajo.**) Oiga usted, Alfredo. ¿No podríamos llegar á un acuerdo? En mi poder Laura, dispondrá de una gran fortuna. Podría sin esfuerzo atender á usted...

GENERAL. (**Indignado.**) ¿Qué dices? Te has vuelto loca, Juanita? Yo no me vendo.

FANY. No quiero decir tanto.

GENERAL. Yo podré haber perdido mi juventud y mi fortuna en el juego, en la disipación, en el amor ilícito, en todo género de atrocidades; pero soy una persona decente. (**Toca el timbre.**)

LAURA. ¡Qué hermosa tarde; pero qué triste! El sol se va ocultando como si nunca hubiera de volver á salir.

FANY. En el convento tendrás una huerta deliciosa. Ya verás, ya verás qué crepúsculos.

LAURA. ¡Lejos de todos; encerrada siempre!

GENERAL. Una idea (**bajo á Fany**). ¿Por qué no la reconoces y la dejas vivir conmigo?

LAURA. ¡Qué absurdo! ¿Á título de qué?

ESCENA IX

Dichos **Francisco** por el foro.

FRANCISCO. ¿Llamaba el señor?
GENERAL. Sí; trae un vaso de agua. **(Váse Francisco.)**

ESCENA X

Dichos, menos **Francisco.**

FANY. Una solución es de todas maneras urgente.

(Suena un violín que se supone estar en la calle.)

LAURA. **(Con alegría.)** ¡Oh! ¡El vals de *La Bohemia*! ¡Cuántos recuerdos despierta en mí! ¡Parece que esa música me trae oleadas de juventud, de alegría; de independencia! **(Se asoma al balcón.)**
GENERAL. A esa niña hay que atarle muy corto.
FANY. Yo me encargo de ello.
LAURA. **(Volviendo.)** ¿No tendrán ustedes alguna moneda para echársela al pobre músico?
GENERAL. Déjate de músicas; para ellas estamos.
LAURA. **(Registra en sus ropas y saca de un bolsillo ó escarcela una moneda.)** ¡Ah! **(Con regocijo.)** Aquí tengo dos realitos en plata, que me ha dado Rosario. ¡Allá van! **(Los arroja á la calle.)**
FANY. **(Al general.)** En tal caso no hay más remedio que sometemos á lo que ella decida.

ESCENA XI

Dichos, **Francisco**, por el foro, trayendo en las manos una bandeja en que habrá una copa con agua.

FRANCISCO. Aquí está el agua. **(Queda parado junto á la puerta. Nadie le hace caso.)**

LAURA. ¡Vals delicioso! ¿Es posible que á ustedes no les agrade? **(Al ver que no la contestan, vuelve junto al balcón.)**

GENERAL. **(Bajo á Fany.)** ¿Te someterás á lo que ella juzgue oportuno? Me atrevo á dudarlo.

FANY. Oigamos su opinión, de todas maneras

GENERAL. **(Acercándose á Laura.)** ¡Laura!

LAURA. **(Asustada.)** ¡Ay! **(Reponiéndose.)** Perdonen ustedes. Me encontraba tan abstraída...

FANY. Te dejamos sola para que medites y resuelvas.

FRANCISCO. **(Desde la puerta.)** Señor, el agua.

GENERAL. **(Sin hacerle caso y acercándose á Laura.)** Sin compromisos, sin preocupaciones, sobre todo sin hipocresías. ¡Qué diantre! **(Vase por la derecha.)**

FANY. Sí; con libertad absoluta. **(Váse por la derecha.)**

LAURA. ¡Libertad! **(Con tristeza y viéndolos marchar. Luego se sienta junto al escritorio y rompe á llorar con la cara escondida en las manos.)**

ESCENA XII

Laura, llorando; **Francisco**, en pie junto á la puerta, sosteniendo en las manos la bandeja.

FRANCISCO. Señorita... **(Con timidez.)**

LAURA. (**Volviendo la cabeza**) ¿Quién es? (**Viendo á Francisco.**) ¡Ah no; no quiero agua! (**Vuelve á apoyar la cabeza en las manos.**)

FRANCISCO. (**Adelantándose.**) Señorita... Perdone usted que la moleste; pero... (**turbado y conmovido.**) yo no puedo ver ciertas cosas.

LAURA. ¿Quién es usted? ¿El criado?

FRANCISCO. No, señorita. Soy... el amo. (**Con timidez.**)

LAURA. ¿El amo con una copa y una bandeja? (**Cesa la música.**)

FRANCISCO. Sí, señorita; el amo de la casa; el inquilino, el que la tiene arrendada al general.

LAURA. ¡Ah, vamos! Muy bien; muy señor mío. ¿Y á usted qué se le ofrece?

FRANCISCO. Señorita, á usted se la engaña.

LAURA. (**Sorprendida.**) ¿Qué dice usted?

FRANCISCO. Que yo soy un hombre de conciencia, ¡vaya!, aunque me esté mal el decirlo.

LAURA. No. ¿Cómo ni por qué le va á estar á usted mal? Pero explíquese usted.

FRANCISCO. Y no quiero ser cómplice de lo que aquí sucede.

LAURA. Pero, ¿qué sucede? Me está usted poniendo la cabeza como un torbellino.

FRANCISCO. Yo sé que el general quiere llevársela á usted con él á Barcelona, para que viva usted con él y le cuide, ¡claro es que legalmente! Yo no quiero ofender á nadie.

LAURA. ¿Y qué mal hay en ello?

FRANCISCO. El mismo me ha dicho que deseaba constituir una familia.

LAURA. Bien. ¿Y qué? (**Impaciente.**)

FRANCISCO. (**Siempre con la bandeja.**) Señorita: ¿ha pensado usted en la diferencia de edades?

LAURA. ¿De quién?

FRANCISCO. Vamos... de usted y del general.

LAURA. ¡Claro que hay mucha diferencia! ¡No faltaba más!

FRANCISCO. Eso es..., ¿cómo lo diré? ¡Un *contubernio*, señorita!

LAURA. Será lo que usted quiera; pero, ¿á usted qué le importa?

FRANCISCO. ¿Usted sabe quién es el general?

LAURA. Dígame usted: á ver. (**Con ebriosidad.**)

FRANCISCO. Yo soy agradecido; pero lo primero, señorita, es el deber.

LAURA. ¡El deber! Todo el mundo me habla aquí de deberes. Bueno: déjeme usted en paz.

(**Francisco** se dirige á la puerta con la bandeja y el vaso. Luego vuelve.)

FRANCISCO. Está bien; pero conste que ha habido un alma piadosa, que ha querido salvarla de sus garras.

LAURA. ¿De qué garras? ¿Está usted loco?

FRANCISCO. ¡Si usted supiera las maldades que ha hecho en el mundo...! Es un egoísta sin entrañas.

LAURA. ¿Qué está usted diciendo? (**Se pone en pie.**)

FRANCISCO. La verdad, aunque me echen de aquí. (**Deja la bandeja sobre un mueble.**) En esta habitación, aquí mismo, ha tenido cada orgía y cada escándalo...

LAURA. (**Indignada.**) ¡Señor mío!

FRANCISCO. Así ha derrochado su fortuna. El juego, el vino, las francachelas... No tiene el diablo por dónde cogerle.

LAURA. Pero, ¿habrá paciencia que baste?

FRANCISCO. Oígame usted, señorita, y luego enfádese cuanto quiera. Se habla (**con misterio**)

de no sé qué medida que tuvieron que tomar en cierto casino... Ya ve usted; lo último.

LAURA. ¡Eso es mentira!

FRANCISCO. Un horror, señorita, un horror. Yo, antes que á usted la engañen, consiento en quedar mal con todos. Me ha interesado usted; tan buena, tan joven, tan humilde...

LAURA. ¿Humilde?... Siento que la soberbia se me sube ya á la garganta. ¿En dónde estoy metida?

FRANCISCO. Lo mismo que la otra inocente pájara...

LAURA. (**En el colmo de la estupefacción.**) ¿Qué pájara?

FRANCISCO. Ha venido aquí en automóvil con el Marqués; un Marqués que le tiene puesto hotel y carruaje y que luego vendrá á buscarla. Usted misma tendrá que verlo. Es el tiempo muy buen testigo.

LAURA. (**Con ansiedad.**) ¿Habla usted de veras?

FRANCISCO. Señorita: que me muera ahora mismo si miento.

LAURA. ¿Y esa mujer, esa pájara que usted dice es...?

FRANCISCO. La rubia, señorita, la rubia, que ya ha desplumado á tres ó cuatro y lleva traza de desplumar á todo el que se acerque.

LAURA. (**Llorando de codos sobre el pupitre.**) ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué no me he muerto cien veces?

FRANCISCO. No llore usted, ni sea tonta. Más vale saber esas cosas antes que el cura eche la bendición y no haya remedio.

LAURA. ¿Qué bendición? (**Sollozante.**)

FRANCISCO. ¿No va usted á casarse con el general?

LAURA. Pero, ¡só bárbaro! (**Se pone en pie.**) ¡Si yo

no voy á casarme con nadie! ¡Si ese general de quien tantas picardías dice usted es mi padre!

FRANCISCO. ¡Su padre! (**Coge la bandeja aturdido.**) ¡Hemos hecho un pan como unas hostias!

LAURA. Y esa mujer tan mala, esa pájara que usted dice, (**llorando**), ¡es mi madre!

FRANCISCO. ¡Ay!... ¡Ay! (**Se bebe el contenido del vaso de agua.**) ¡A mí me va á dar algo!

LAURA. (**Dejándose caer sentada de nuevo.**) ¡Y yo tengo unos padres así, rechazados de todas partes, entregados á todos los vicios! (**Sollozando.**)

FRANCISCO. (**Tembloroso.**) ¡Vicios respetables, señorita!

LAURA. ¡No! (**Resuelta.**) Yo he de saber la verdad ahora mismo. Yo averiguaré quién es cada cuál. ¿Dónde hay papel y pluma?

FRANCISCO. (**Deja la bandeja y saca papel del escritorio.**) Aquí, señorita.

LAURA. Yo sabré con cuál de los dos debo ir á vivir; cuál de ellos merece mi respeto; quién tiene derecho á llamarme hija suya.

FRANCISCO. Es verdad. (**Medio aturdido aún.**)

LAURA. Y á usted (**volviéndose á Francisco**), ya le arreglaré yo, para que otra vez no calumnie usted á sus bienhechores. (**Se dispone á escribir.**)

FRANCISCO. ¡Perdón, señorita! (**Juntando las manos.**) Yo no he dicho más que lo que he oído decir á las gentes. ¡Pégueme usted, señorita, pégueme usted!

LAURA. (**Escribe sin hacerle caso.**) ¡Vaya usted á paseo!

ESCENA XIII

Dichos, **El General** y **Fany**. Francisco recoge la bandeja y queda parado junto al foro.

GENERAL. (**Bajo á Fany.**) Nada: es cosa resuelta. La mitad del año con uno y la mitad restante con otro.

FANY. (**Idem al General.**) ¡Pscht! Está escribiendo.

GENERAL. ¡Y llora! (**viendo á Francisco.**) Tú ¿qué haces aquí?

FRANCISCO. ¡Nada, mi general! (**Mutis.**)

FANY. ¡Llora y escribe! Hay que averiguar á quién ahora mismo.

GENERAL. ¡Ya lo creo! (**Adelantándose al escritorio.**) ¿Qué estás haciendo?

LAURA. ¡Ay! (**Poniéndose asustada en pie y procurando esconder la carta.**) ¡Nada, señor!

GENERAL. ¿Cómo que nada? Deme usted en seguida ese papel. (**Pretende arrebatárselo.**)

LAURA. ¡Ay, no; no por Dios! (**Llorando.**) ¡Sueltéme usted!

GENERAL. De ningún modo. (**Á Fany**) sujétala tú de ese brazo. (**Cogiendo la carta.**) ¡Ya está!

LAURA. ¡Ay, madre mía de mi alma! (**Se sienta junto al escritorio y vuelve á esconder la cabeza en las manos, puesta de codos sobre el pupitre.**)

GENERAL. ¿A ver? (**Hace como que lee.**) ¡Cáscaras!

FANY. ¿Qué es eso?

GENERAL. ¡Miserable; la mato!

FANY. Pero ¿qué es ello?

GENERAL. Mira: ¡me ciega la cólera! ¡La niña inocente!

FANY. (**Impaciente.**) ¡Lea usted de una vez, si quiere!

GENERAL. (**Leyendo en alta voz**.) «Me veo obligada á vivir con mis padres. No me abandones ahora, y, si tienes corazón, vuelve por mí, antes que se averigüe mi falta y sea irremediable.» (**Laura solloza**.)

FANY. ¡Jesús!

GENERAL. ¡Falta irremediable! ¡Si antes viene, antes nos corona de oprobio!

LAURA. ¡Madre mía!

FANY. (**Iracunda**.) ¡Desvergonzada! ¡Infame!

ESCENA ÚLTIMA

Laura, **El General**, **Fany**, **Rosario** por la derecha, **Francisco** por el foro.

ROSARIO. ¿Qué pasa? ¿Qué voces son esas? Laura... ¿por qué llora? ¿Qué le han hecho á ustedes?

GENERAL. ¿Qué le hemos hecho? ¡Ha educado usted bien á la niña!

FANY. ¡Es un modelo de pudor, con sus muñecas!

GENERAL. La hemos sorprendido escribiendo una carta...

ROSARIO. ¿A quién!

GENERAL. ¿Yo qué sé? Lea usted por sí misma. (**Rosario lee**.) ¿Eh? ¿Qué tal?

ROSARIO. ¿Qué es esto? ¡Qué desgracia! Pero, ¿cómo ha podido ser? ¡Si es imposible!

LAURA. (**Entre sollozos**.) ¡Ay, es cierto!

ROSARIO. ¡Cierto! ¡Qué desventura! ¡Pobre hija mía!

FANY. ¡Mañana al convento, á hacer penitencia!

GENERAL. ¡O al asilo, ó que la encierren como un perro rabioso!

FRANCISCO. ¡Esta familia es de oro en lingotes!

LAURA. **(Levantándose y dirigiéndose á Rosario.)** ¡Madre...!

ROSARIO. **(Que se habrá sentado abatida por la emoción.)** ¡Ven, hija mía, ven á mis brazos **(la sienta encima y Laura llora en silencio sobre su hombro.)** ¡Qué desgraciada eres! **(Rompe en sollozos.)**

FANY. Sí: consuele usted á esa sin vergüenza. Es lo que hace falta.

ROSARIO. **(A Laura.)** Llora, llora y desahógate. ¿Cómo has podido engañarnos así? ¿Con quién? Pero no temas, que Rafael buscará á ese bribón y le obligará á cumplir sus deberes. Nunca, jamás te abandonaremos.

LAURA. **(Álzándose llorosa, pero radiante.)** ¡Ah, mi corazón ha hablado por fin!

GENERAL. **(Indignado.)** ¿Ya se ha pasado la vergüenza?

LAURA. ¡Si no tengode qué avergonzarme! **(Regocijada.)** ¡Si todo cuanto he dicho es mentira! ¡Si soy más que nunca inocente!

ROSARIO. **(Levantándose corriendo á abrazar á Laura.)** ¡Yá lo decía yo!

LAURA. ¡Sí lo que he querido ha sido probarles á ustedes, iluminar mi alma, sumida en tinieblas! Y ella se ha iluminado y ha penetrado el sol hasta en sus más esconcondidos pliegues; porque á los padres se les conoce CUANDO LOS HIJOS LLORAN.

FANY. ¿Qué dice?

LAURA. Que, al verme triste, engañada, sumida en el abismo, ustedes me increpaban; y, en vez de consolarme, me colmaban de injurias. Pero Rosario no: Rosario me ha tendido los brazos, ha llorado conmigo. ¡Mi madre es ella! **(Coge el sombrero y se le pone rápidamente.)**

GENERAL. (**A Francisco, que habrá procurado estar á su lado.**) ¿Qué te parece, Francisco? Razón tenías al decir que quien me esperaba era una mujer.

FRANCISCO. (**Serio.**) ¡Una mujer respetable, mi general.

FANY. (**A Laura.**) ¡Farsante!

LAURA. ¿Farsante...? Basta: nada ya de respetos; nada de convencionalismos absurdos. ¡En el mundo no hay más que un solo padre: el que ampara; no hay más que una madre: aquella que consuela y perdona!

ROSARIO. (**Á Fany y el General.**) Señores: ya lo han oído ustedes. Laura vuelve conmigo.

(**Sale con Laura por el foro; el General y Fany con la cerviz doblada, quedan frente á frente en silencio.**)

TELÓN

FIN DEL BOCETO.

JUICIOS DE LA PRENSA

El Liberal.

Pocos son los escritores de nota que tarde ó temprano hayan dejado de sentir la viva comezón de consagrar al teatro los primores de su ingenio privilegiado.

Nuestro cronista Antonio Zozaya no ha querido ser una excepción de la regla. Obedeciendo á los impulsos de tan seductora tentación, ha arrostrado valerosamente los peligros de la escena para someter al juicio del público su primer ensayo dramático, *Cuando los hijos lloran...*

Desde luego puede afirmarse que brillan en la obra las excelentes condiciones literarias de su autor, quien ha trazado un precioso cuadro en extremo original, rebosante de honda ternura y de exquisito sentimiento.

Trátase de la difícil y angustiosa situación en que se encuentra una infortunada muchacha, hija de los ilícitos amores de una mujer de vida alegre y de un general que ha peleado denodadamente en Cuba y que regresa al suelo natal, una vez terminada la campaña.

Laura—que así se llama la niña—había sido confiada á una amiga de los padres, sin que éstos se hubiesen ocupado para nada de la pobre criatura durante el largo período de dieciséis años.

Al inicarse la acción del drama, dilucídase la árdua cues-

tión de si la infeliz abandonada ha de vivir en compañía del olvidadizo general ó de la despiadada *cocotte*.

Laura, que por lo visto no confía en el cariño de sus primogenitores, se vale de un ardid que le sirve de pretexto para fingir el amargo llanto que brota de sus ojos, deseosa de averiguar si el general y la aventurera se compadecen en realidad de la supuesta pena que en aquel momento la agobia.

Los padres, en vez de consolarla, la injurian cruelmente, abandonándola á su propia desesperación. En cambio, la buena mujer que la ha educado, y en cuya compañía ha vivido, la acoge cariñosa en sus amantes brazos, y procura calmar la angustia que oprime el corazón de la desventura-niña.

—¡A los padres—exclama Laura, después de haber deshecho el engaño que había urdido—á los padres se les conoce cuando los hijos lloran! ¡Esta es mi verdadera madre!

El cuadro dramático de Zozaya está desarrollado con arte singular y dialogado de un modo primoroso.

Como era consiguiente, fué acogido con sumo agrado por la concurrencia, que celebró ruidosamente al autor y le llamó tres veces á la escena para colmarle de muy sinceros y entusiastas aplausos.

En la interpretación de *Cuando los hijos lloran* sobresalió de una manera muy especial la excelente actriz señorita Oria, que dijo admirablemente su papel, mereciendo á cada momento los plácemes de los espectadores.

También se distinguieron en el desempeño de su cometido la señora Rodríguez, la señorita Quijada y los Sres. Altarriba y López Alonso.

Bien puede afirmarse que nuestro compañero ha obtenido en su primera tentativa dramática una señalada victoria, que habrá de alentarle para proseguir con ánimo sereno por la nueva senda literaria que con tanta fortuna acaba de emprender.

Zozaya tiene ya perfectamente planeada una importante comedia en tres actos, que durante la temporada próxima será representada en uno de los principales teatros de Madrid.

J. ARIMÓN.

La Correspondencia de España.

El primer drama de D. Antonio Zozaya, aplaudido franca y reiteradamente anoche por el público de la Princesa, nuevamente demuestra el talento profundo y poético de su autor.

La filosofía de esta obra en un acto, con mayor substancia que muchas en tres, es audaz y simpática. *Cuando los hijos lloran* es cuando conocen á sus padres. Al padre se le quiere cuando nos ampara; á la madre cuando nos consuela. Los lazos que dependen de la casualidad del nacimiento atan poco. Los que de veras estrechamente ligan son los vínculos del amor. Cuando los padres abandonan á sus hijos en las tristezas, ó se limitan á increparles, á ofenderles, á mostrarse implacables con ellos, se alejan de su cariño. Cuando los defienden, cuando los protegen, cuando les mitigan los pesares, entonces, y por esto, es cuándo y por qué se les ama.

Para desenvolver esa tesis y llegar á esa bella solución sentimental, el Sr. Zozaya ha tenido ventajas é inconvenientes graves. Ventajas, la galanura de su pluma, la poesía de su espítitu. Inconvenientes, el desconocimiento de las proporciones escénicas y la preocupación de «hacer teatro.»

Si el padre y la madre de la hija abandonada tratan de reconquistarla, ¿cómo no se les advierte que para ello será más eficaz el agrado que la dureza? El personaje que refiere á la muchacha, al verla por segunda vez, las calaveradas del padre y liviandades de la madre, se me antoja harto entrometido. Estos, y otros lunares, son de poco bulto. La idea de la obra es bella, el diálogo primorosísimo, y no faltan momentos de sincera y muy honda emoción. Es un drama que fué aplaudidísimo y que merece serlo.

No así la interpetación. Del primero al último, sostuviéronse los actores á igual nivel. Del primero al último, hicieron seguramente todo lo que podían. Pero, por lo visto, lo que podían era bien poco. ¿Y la señorita Moreno? ¿Y el señor Echaide? ¿Como no trabajaron en el lindo dramita del señor Zozaya? El autor se equivocó tal vez al no contar con ellos. Las obras teatrales no se miden por varas. Un solo minuto de talento vale más que tres horas de tonterías.

CARAMANCHEL.

El Globo.

Igual asunto, aunque con distinta visión de la realidad, pero con idéntico pensamiento por norma, ha tratado en el teatro el dramaturgo catalán Iglesias. No va dicho lo anterior en menoscabo de la originalidad artística de Zozaya. Tiene la comedia *Cuando los hijos lloran...* un sello personal. Sobre todo, plantea el problema en términos muy distintos. Mas alcance tiene la obra de Zozaya.

El desamor de los padres que, en las mocedades abandonan una hija, truécase más tarde en egoísmo, reclamándola para que ayude á sobrellevar los quebrantos de la vejez ó sirva para apuntalar la hacienda. Contra ese egoísmo se revela el cariño sincero que engendra el trato con las buenas gentes que amparan la niñez desvalida, y conquistaron, con afectos de corazón, un cariño que no puede responder á la voz de la sangre.

Cuando los hijos lloran... es un hermoso boceto de comedia que consiguió muchos aplausos para el autor.

La interpretación fué muy acertada.

ANGEL GUERRA.

ABC.

EN LA PRINCESA.—*Cuando los hijos lloran...* ensayo dramático en un acto y en prosa, original de Antonio Zozaya.

Este distinguido cronista, que casi á diario nos ofrece en *El Liberal* sensaciones de la vida amablemente filosóficas, ha sentido, como otros escritores, la curiosidad del teatro, y en prudente tanteo, antes de lanzarse á más atrevidas empresas, ha probado fortuna con el ensayo dramático que anoche, con satisfactorio éxito, se estrenó en la Princesa.

Para ser padres amados y respetados por los hijos, no basta el acto natural de su engendramiento, si después en la vida, por egoísmos ó por otras causas, les abandonamos á su suerte.

El que los educa, quien forma sus almas, infundiéndoles nobles sentimientos, tiene mejores títulos para su cariño.

Esta es en substancia la moral de la obra de anoche.

Laura, puesta en la disyuntiva de seguir á su madre, una cortesana del amor, ya próxima á jubilarse, ó su padre, un general achacoso, que la reclama con el interesado fin de que cuide de su fría vejez, vuelve sus ojos amorosamente hacia el hogar de donde la sacaron, donde se crió mimada y preferida en las solicitudes de Rosario, su madre adoptiva.

Muy bien estuvo la señorita Oria, de candor y simpática locuacidad, en el carácter de Laura.

Antonio Zozaya fué llamado á escena, presentándose dos ó tres veces al final, acompañado del Sr. Altarriba y de las señoritas Quijada y Rodríguez, que interpretaron muy discretamente la comedia—*F*.

El Imparcial.

Un catarro «profesional», que aún colea, me impidió asistir el lunes al estreno del ensayo dramático en un acto *Cuando los hijos lloran...*, primera producción escénica del notable cronista de *El Liberal*, D. Antonio Zozaya.

Esperaba haber visto anoche la obra, lisonjeramente juzgada por la prensa, pero me encontré con la desagradable sorpresa de que había desaparecido ya del cartel (1), y he de atenerme á las referencias en esta breve reseña informativa.

Según mi amigo Arimón, *Cuando los hijos lloran...* «es un cuadro en extremo original, rebosante de honda ternura y exquisito sentimiento, desarrollado con arte singular dialogado de un modo primoroso y que fué acogido con sumo agrado por la concurrencia.

En la ejecución se distinguió la bella señorita Oria.»

Conste, pues, así, y que sea enhorabuena.

José de Laserna.

Heraldo de Madrid.

Cuando los hijos lloran... se titula un boceto de comedia estrenado anoche en el teatro de la Princesa. Antonio Zozaya, el brillante cronista de *El Liberal*, ha puesto en escena uno de sus primorosos artículos. Tal pareció al pú-

(1) Efectivamente; la obra desapareció del cartel durante tres días, para dar lugar á otros estrenos, reapareciendo en aquellos luego para ser representada sin interrupción.

blico el ensayo dramático estrenado anoche, verdadera crónica hablada, en la que lo literario supera á lo teatral. Se advierte en *Cuando los hijos lloran...* que su autor, desdeñando los medios afectistas, propónese principal, casi exclusivamente, emocionar describiendo al espectador un conflicto psicológico.

El público de la Princesa oyó la obra complacido y aplaudió al final con gran calor. Correspondiendo á estas manifestaciones de agrado, Zozaya se presentó en la escena tres veces acompañado por las señoritas Oria, Quijada y la señora Rodríguez, y los señores Altarriba y López Alonso, que se distinguieron interpretando la nueva producción.—N.

Diario Universal.

Ya es sabido; el antecedente de la máxima anterior es que es en tal ocasión cuando se conoce á los verdaderos padres; pero, ¿y si esos padres son *desconocidos*, y siguen siéndolo aún en tan precioso momento?

Esta es la tésis que con acierto sorprendente en un autor novel ha desorrollado el distinguido literato y periodista don Antonio Zozaya en el ensayo dramático en un acto que nos ofreció anoche en el teatro de la Princesa.

Una joven, pura y moralizada, á quien sus padres—dos «aturdidos», dos egoistones—abandonaron en su nacimiento, vuelve á encontrarlos en el laberíntico sendero de la vida, cuando ellos la solicitan con interesados fines.

La muchacha que, aunque buena, no es candorosa, en el sentido vulgar de la palabra, inventa una farsa desgraciada (la que lágrimas más amargas puede producir en el corazón de una mujer) para sondear aquellos espíritus que ella conoce, y llora... llora; pero sus *padres* no acuden á consolarla; él la increpa: ella la rechaza; la única que la abraza y fortalece es la que la adoptó, la que la ha criado, la que le inculcara recta educación y sanos principios. Aquélla, aquélla es su verdadera madre.

Pensamiento tan delicado, engarzado en una prosa correcta y en una dicción esmerada y sobria, no podía ser menos de ser originario de un éxito, y así lo proclamó el público con su satisfacción exteriorizada en repetidos aplausos.

R. MAROTO.

El Correo.

A pesar de que ya «hemos» convenido en que el teatro es un género inferior, al teatro siguen yendo cuantos escritores no se satisfacen con los éxitos que proporcionan la novela, la poesía lírica, la crítica y la crónica.

Ahora ha tocado el turno al cronista de *El Liberal* don Antonio Zozaya, que, por sus condiciones de profundo pensador y de estilista brillante, ha logrado alcanzar en pocos años tan justo renombre.

Su primera tentativa dramática, estrenada anoche con éxito satisfactorio, es muy de aplaudir por la Idea bellísima, que es el alma de la obra, y por su acertada forma teatral.

De quien así comienza, pueden esperarse comedias y dramas tan dignos de loa por su alcance social como por sus mérito literarios.

El Sr. Zozaya fué llamado tres veces á escena, con los intérpretes de su obra, entre los cuales merecen mención la señorita Oria y los Sres. Altarriba y López Alonso.

El Día.

El distinguido cronista de *El Liberal*, D. Antonio Zozaya, que por lo que ha dicho en brillantes crónicas se ve que es un apasionado de los niños (pasión que le debo y que comparto), ha querido también romper una lanza en el teatro en favor de sus tiernos amiguitos, y nos ha presentado con habilidad y sentimiento un cuadro en el que aparece una niña abandonada, ó al menos olvidada por sus padres durante diecisiete años, los cuales quieren llevársela cada uno para sí, cuando les conviene.

La niña, comprendiendo por medio de un ingenioso ardid, que ninguno de ellos la quiere, se vuelve con la bondadosa mujer que la crió, demostrando así que los verdaderos padres no son aquellos que dan el ser á una criatura, sino los que la crían, la educan y la aman.

Ya lo expresa muy bien un antiguo refrán castellano, que dice: «No con quien naces, sino con quien paces.»

El Sr. Zozaya, que ha estado muy afortunado en su primera producción dramática, fué llamado á escena varias veces, en compañía de la señorita Oria, que interpretó á ma-

ravilla el papel de la niña ingénua abandonada por sus padres, y de las señoras Quijada y Rodríguez, el Sr. Altarriba y el Sr. López Alonso que contribuyeron notablemente al buen desempeño de la obra.

El Ruido.

El boceto de la comedia de Antonio Zozaya, *Cuando los hijos lloran...*, es una verdadera obra en la que su autor emociona al público como se propuso. En suma: que fué muy del agrado del público, que estuvo bien representada y presentada, y que Zozaya salió á escena cuatro ó cinco veces al final de la representación.



OBRAS

DE

ANTONIO ZOZAYA

	Pese
La crisis religiosa	0,7
La contradicción política	0,7
Miscelánea literaria	1,
Instantánea	0,
Ripios clásicos	2,
De carne y hueso	0,
BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA, 74 volúmenes, á 0,75	55,
Crónica del año uno	2,
Crónica del año dos	2,
La Dictadora	3,
Cuando los hijos lloran (comedia)	1,

EN BREVE

Musgos del Pórtico.
Los relicarios (drama).
BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA, volúmen 75.